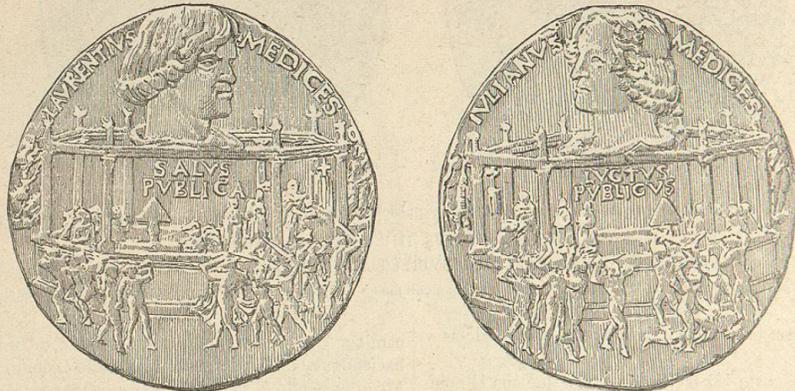


hombres de aquella época de la para ellos vetusta significación eclesiástica y espiritual del papado. Habiéndose divulgado los proyectos fantásticos de Riario, en lugar de ser recibidos por el público con indignación excitaron la curiosidad y el interés del pueblo en toda la Italia, y es que la conservación del papado, en el estado á que habia ido á parar, no interesaba entonces ya á nadie. Para dotar á otro sobrino, Jerónimo Riario, echó Sixto IV su mirada codiciosa sobre Florencia, de donde tenia que arrojar primero á los Médicis, y á este fin tomó parte en la conspiración de los Pazzi, de la cual se salvó Lorenzo el Magnífico como por milagro, mientras su hijo Julian pereció bajo los puñales de los asesinos. Viendo Sixto IV que ni con la traición ni con el puñal del asesino podía acabar con aquella familia, le declaró la guerra en unión con Nápoles, además de lanzar contra ella la

excomunion y contra Florencia el entredicho, y todo para dar Florencia y los demás dominios de los Médicis al ya citado sobrino. Si al fin desistió de su empeño siquiera por de pronto, fué porque la Europa se veía cada día mas amenazada por los turcos; pero no renunció á dotar á su sobrino, el cual con su auxilio trató de arrebatar, aunque en vano, á la familia de los Este de Ferrara sus dominios. Esta conducta no podía menos de convencer al mundo de que el papado se habia desviado completamente de su misión genuina, y por tanto no podía menos tampoco de desviar al mundo del papado. Cansadas ya todas las familias poderosas de verse continuamente amenazadas en la posesión de sus territorios por el Papa y sus sobrinos, se levantaron acaudilladas por el Colonna contra el Papa, lo que dió lugar á una nueva guerra intestina con todas las atrocidades entonces corrientes



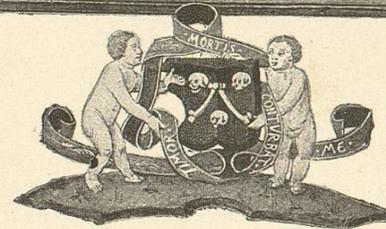
Medalla conmemorativa de la conjuración de los Pazzi, en 1478, con los retratos de Lorenzo y Julio de Médicis, obra de Pollajuolo (Simone Cronaca, 1453-1508), tamaño original.—Gabinete Numismático de Berlín.

En el anverso el coro de San Giovanni del Fiore, de forma octógona y sostenido por ocho columnas; el sacerdote dice misa en el altar (á la derecha); delante, los Pazzi atacando á Lorenzo Médicis. Sobre el coro el busto de éste y al lado: LAVRENTIVS MEDICES; debajo: SALVS PVBLICA.—En el reverso una vista análoga del coro. Julian yace asesinado en el suelo entre los Pazzi. Sobre el coro, la cabeza, con la inscripción: IVLIANVS MEDICES; debajo de ella: LVCTVS PVBLICVS.

Hubo súbitos cambios en los Estados de la Iglesia y en los adyacentes, en los cuales quedaron pronto borradas las huellas del comienzo de una era mejor. Sixto IV quiso exterminar á los Colonna, cuyos dominios y tesoros habia destinado á sus sobrinos; pero en medio de los horrores que por la política de engrandecimiento de su familia sufrían los infortunados habitantes, tanto en las ciudades como en el campo, la muerte se llevó á este Papa y con él se hundieron todos sus grandes proyectos y esperanzas, así como los de sus sobrinos los Rovere y Riario. El pueblo furioso se levantó y saqueó y destruyó el palacio de Jerónimo Riario. Los Colonna, amenazados de ruina y exterminio, salieron de la terrible crisis triunfantes y mas poderosos que nunca, y nada omitieron para hacer odiosa á la posteridad la memoria de Sixto IV como tirano cruel; pero lo que habia hecho Sixto IV para el embellecimiento de la ciudad eterna, las dos torres que habia mandado construir en la plaza del Pópolo, la magnífica iglesia del mismo nombre y la capilla Sixtina, que despues por las obras inmortales de Miguel Angel fué la admiración del mundo artístico, quedaron y sobrevivieron á todos los recuerdos horribles de este Papa en la mente del pueblo romano.

El brillo que el renacimiento con sus creaciones admirables prestó al papado no fué, sin embargo, bastante para ocultar su decadencia, y el sucesor de Sixto IV, el genovés

Inocencio VIII (1484-1492), no era el hombre á propósito para ocultar esta triste situación, cada vez mas patente á los ojos del mundo. La impotencia y vulgaridad que caracterizan el pontificado de Inocencio VIII se retratan perfectamente en su conducta de hacer predicar por un lado á favor de la cruzada contra los infieles, concediendo toda clase de ventajas eclesiásticas á los que tomaban las armas contra los turcos, y negociar por otro lado al mismo tiempo con el sultan Bayaceto II prestándose en pago de una pingüe subvención á ser, bajo pretextos fútiles, carcelero de su hermano el príncipe Dyem, á fin de que éste no pudiese dar curso á sus proyectos ambiciosos, á pesar de las ventajas que de ello habrían podido sacar los cristianos. Tampoco pudo sostener este Papa el poderio mundano del papado, que sus predecesores habian fomentado tan enérgicamente, porque en su pontificado la ley era impotente y escarnecida en Roma y en los Estados de la Iglesia; las guerras sangrientas entre las familias y los bandos facciosos continuaron á pesar de todas las órdenes del Papa; las cuadrillas de bandoleros eran dueños del país, porque todos los perseguidos, desterrados ó declarados fuera de la ley se organizaron en numerosas bandas que desde sus madrigueras en el país ó en los vecinos asolaban, saqueando, matando é incendiando, los Estados de la Iglesia y hacían imposible todo orden. Al propio tiempo estaban siempre vacías las arcas del gobierno papal,



Miniatura del Roman de la Rose, en la que se representan los trajes franceses usados en 1500

no obstante el productivo comercio que Inocencio VIII hacia de toda clase de bulas.

Así fué bajando el papado por la fatal pendiente en que habia entrado, hasta que cayó en manos de un hombre manchado de todos los vicios y crímenes, que hizo servir el cargo mas elevado de la cristiandad para satisfacer sus pasiones mundanales y las de sus ambiciosos é insaciables hijos é hijas. Era público y sabido que aquel hombre, que por su inmoralidad notoria deberia haber sido excluido desde luego de la candidatura, el cardenal Rodrigo Lenzuoli Borgia, vástago de la familia de los Borgia de España inmigrados en Italia que habia dado á la Iglesia el papa Calixto III, habia reunido la mayoría de votos del cónclave solo por soborno, promesas, amenazas y otros recursos ilegales. La eleccion de aquel hombre, que adoptó el nombre de Alejandro VI, señala el grado máximo de la desmoralizacion de los que entonces se hallaban á la cabeza de la Iglesia para dirigirla. Alejandro VI miró su elevado cargo como miraban su posicion soberana los innumerables tiranos y tiranuelos, inicuos, impúdicos, inhumanos, incestuosos é impíos que entonces dominaban en Italia, y que excedian con mucho á aquel Dionisio II en pasiones desenfrenadas é impiedad. Sabido es que la conducta de Alejandro VI era un escarnio de la moral, aun de la moral relajada y poco difícil entonces; que los palacios papales eran teatro de orgias como Roma no las habia visto ni en tiempo de la mayor desmoralizacion del imperio. Alejandro VI no solo en secreto, sino en público, hizo escarnio y befa de las ceremonias y otros actos del culto, que efectuaba porque eran cosas del oficio de que vivia. El papado era para él una institucion vetusta y caduca que á lo mas merecia ser aprovechada para engrandecer y aumentar el poderío y riqueza de los Borgias. Fuera de este materialismo desenfrenado, era Alejandro VI un hombre de gran inteligencia, sagaz, calculador y tan hábil que manejaba los asuntos mas difíciles jugando. Era tambien asombrosa su robustez física, que resistió á excesos increíbles, y lo era tambien su inmoralidad, que no conocia escrúpulos en la eleccion de los medios ni objetos y para la cual no habia crímenes. Su política italiana y extranjera no tenia mas objeto que hacer á la familia Borgia la mas poderosa de Italia y dar á su hijo César Borgia, retrato exacto en lo moral de su padre, todo el poder, territorios y tesoros adquiridos. Puede calcularse á qué situacion debió de haber llegado la cristiandad cuando despues del nepotismo de un Martin V y un Sixto IV soportó sin levantarse en masa á un representante de Dios en la tierra, al jefe de un clero condenado al celibato, á un Alejandro VI, que empleó todo el poder que la Iglesia habia puesto en sus manos para satisfacer su insaciable impudicia y ceñir coronas á la frente de sus hijos é hijas á costa de familias coronadas mas antiguas.

CAPITULO III

LUIS XI Y EL ANIQUILAMIENTO DEL FEUDALISMO EN FRANCIA

(1453-1476)

La monarquía francesa experimentó cambios muy singulares en la segunda mitad de la Edad media. En tiempo de Luis IX adquirió un carácter decididamente monárquico, conservando las formas feudales; Felipe el Hermoso le imprimió el sello absolutista; el trono en union de un personal apto y activo sacado de la clase media equilibró las fuerzas del feudalismo, por efecto especialmente de la concentracion de la administracion de justicia en manos del rey, su custodio supremo, y tambien de una inteligente administracion de hacienda basada sobre un sistema tributario recto y se-

vero. El cambio de dinastía llevó en pos de sí un cambio lamentable en la administracion; los Valois, celosos partidarios del feudalismo, siguieron un sistema de gobierno enteramente opuesto al de los últimos reyes Capetos y suscitaron de este modo luchas apasionadas entre los diferentes



Moneda de cobre del papa Alejandro VI (tamaño original).

En el anverso el busto del Papa con la capa pluvial, y la inscripcion: ALEXANDER. VI. PONT. MAX.—En el reverso la ceremonia de la coronacion del Papa con la inscripcion: CORONAT(io).

Gabinete Numismático de Berlin.

brazos del reino. La nobleza insolente, representante de la Francia antigua, se complacia en maltratar y oprimir brutalmente á la clase media, representante de la Francia del porvenir. Este antagonismo dió lugar á una serie de convulsiones revolucionarias, á cambios súbitos en las posiciones respectivas de los partidos opuestos y del trono, que habia perdido su independendencia. Las luchas interiores volvieron á allanar á los ingleses el camino para emprender la reconquista de Francia despues de haber sido expulsados del con-



Bula del papa Sixto IV (tamaño original).

Consérvase en el Archivo del Gobierno, en Berlin.

tinente en el periodo de los Capetos. La estrecha union que al fin se verificó entre el trono y la nacion salvó á la Francia de su ruina nacional, primero pasajera y por la iniciativa del trono en el reinado de Carlos V, y despues, en circunstancias mucho mas desesperadas, por la iniciativa de la nacion en el reinado de Carlos VII. El antagonismo, aplacado temporalmente en la lucha por la existencia, volvió á